

## **El poder de la palabra poética: Jorge Carrera Andrade, académico de vanguardia**

Discurso pronunciado por doña Susana Cordero de Espinosa en  
su incorporación como Miembro de Número de la Academia  
Ecuatoriana de la Lengua

Quito, lunes 10 de septiembre de 2001

Don Humberto López Morales, secretario de la Asociación de Academias de la Lengua Española; don Carlos Joaquín Córdova, director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, colegas académicos, amigas, amigos todos:

La Academia Ecuatoriana de la Lengua, en cuyo seno he pasado ya algunos años de fructífero trabajo y amistad, me recibe ahora en calidad de Miembro de Número. Me cupo el honor de haber sido designada para ocupar la silla vacante de doña Piedad Larrea Borja, honor tan alto como el vacío de su ausencia.

En mis palabras de esta noche, haré una breve evocación de su vida ejemplar de académica, escritora y maestra; de su amistad inolvidable.

En segundo lugar, y como parte nuclear de esta intervención, me referiré a la obra del poeta ecuatoriano, Académico Jorge Carrera Andrade. Su poesía merece que nos detengamos en ella, para proyectarla sobre nuestro tiempo y mirarla a esta indecisa luz.

A partir del breve estudio sobre su poética que aquí puedo presentar, quiero plantear como hipótesis de trabajo una preocupación sentida desde hace mucho tiempo, en la que, por desgracia, apenas se insiste y que yo formulo así: la palabra poética tiene tal poder de redención, que el infortunio y el desamparo de los pueblos se debe en no pequeña parte, al hecho de tenerla olvidada, de imaginar que es una palabra marginal o elitista, destinada a pocos. Aspiro a señalar cómo la intuición y la clarividencia que la frecuentación de la palabra poética procura en quienes a ella se acercan de modo constante es garantía de una nueva visión, no solo lúcidamente intelectual, sino sensible, es decir, capaz de mover a actuar desde la emoción y la

voluntad, a favor de hombres y pueblos. Este intento constituirá la conclusión de mi trabajo.

“En honor de Piedad Larrea Borja, ha de buscarse lo sustancial”, escribí una vez, con palabras que reitero.

Piedad amaba la palabra. Sostenida por esta vocación, hizo del estudio de nuestro idioma, del relato, de la poesía, como también de la enseñanza -irremediable y felizmente ligada a la lengua- tareas en cada una de las cuales entregó lo mejor de sí misma; así nos legó uno de los ejemplos de existencia femenina más densos y felices en la historia ecuatoriana del siglo XX. La primera académica ecuatoriana, si no fue la primera académica americana, su nombramiento antecedió al de doña Carmen Conde, la primera académica española. Abrió las puertas de la Academia a la mujer y la representó con dignidad, hecha de fervor y sabiduría.

Su amplia bibliografía da cuenta de la multiplicidad de intereses que motivaron su trabajo. Mujer de su época, al inicio de la Segunda Guerra Mundial, muy joven aún, retornó desde Italia al Ecuador con su familia, pues su padre desempeñaba en Génova alto cargo diplomático. Ya en Quito, espacio en el cual entonces la mujer apenas tenía palabra, pronunció su célebre conferencia “Italia sin máscara”: Impresionada por el horror del fascismo y el nazismo, clamó en todas las oportunidades de su vida por la justicia y la paz constructiva. En 1946, publicó un tomo en ensayos, artículos y trabajos cortos alrededor de las preocupaciones centrales de su tiempo. Luego escribió, sucesivamente, entre constantes artículos en la prensa del país sobre variados temas que permitieron conocerla como una militante de la cultura a la búsqueda del bienestar de su pueblo, un ensayo sobre el quichua, así como *Bocetos de Poesía Ecuatoriana*. Entre sus estudios literarios destacan “Literatura árabe-española”, “Juglaresca en España”, y en lo relativo a la lingüística, “Habla femenina quiteña”, *Castellano y lexicografía médica ecuatoriana* y, cuatro años antes de su muerte, *Refranes y decires de la mama llacta*. En el terreno de la creación, publica *El dolor de ser buena, poesía*, y *Oníricos y cuentostorias*, cuentos y narraciones. Se da en ella el caso poco frecuente, de una decidida vocación por la investigación lingüística aunada al claro dominio de la palabra creadora. Tales dones están envueltos en un indeclinable interés didáctico: sus obras idiomáticas fueron realizadas con la voluntad de volver asequibles a los

lectores los complejos conceptos lingüísticos y gramaticales, mediante inteligentes ejemplos y ejercicios de aplicación práctica.

Evocarla exige también ir a los hechos cotidianos, a miríadas de pequeños detalles con que la amistad de Piedad Larrea nos ha privilegiado, en su búsqueda de lo mejor de cada ser humano, gracias a la sutileza de su corazón generoso. Lejos de lo que habitualmente imaginamos, la magnificencia íntima de una persona como ella, su verdadero valor no se encuentran tanto en su obra notable, cuanto en la sencillez con que aceptó su condición excepcional y la manera en que convirtió sus dones en una exigente forma de responsabilidad.

Llevaba sus deberes con alegría. Hacía amigos de aquellos a quienes se acercaba, con su humor lleno de simpatía, caudaloso y sensible. Tanto en reuniones en su salita íntima como en ocasiones solemnes de las cuales era la protagonista, Piedad era la misma: vivió la vida, como decía el frontis de su chimenea en frase de su maestra, Santa Teresa, “de tal suerte, que viva quedó en la muerte”.

Si no es este el momento para hacer una crítica pormenorizada de su obra, sí lo es el de referirnos a aquella obra cotidiana de investigación y registro de la académica, que queda aún por publicarse y espera de nosotros inteligente indagación. Ella entregó a la Academia sus papeles que, en su honor y para enriquecimiento de nuestro trabajo, debemos empeñarnos en recuperar y estudiar.

Se le hicieron, a lo largo de su vida, muchos homenajes; recibió honores, condecoraciones y diplomas en su propia patria, en España, en México, en Chile, pero ella prefería el cordialísimo “señorita Piedad” con que la nombraban sus alumnos de la Universidad Central, que la rodeaban y estimaban. Con ellos salió más de una vez a las calles a protestar contra las injusticias de nuestro pobre mundo, horrorizando la rutina de la gente de bien. En tiempos en que en nuestra patria la mujer agotaba sus inquietudes en lo doméstico, Piedad vivió una existencia de trabajo y responsabilidad social que demostró sin tregua. Cuando en la Real Academia de la Lengua, en Madrid, representó a la Ecuatoriana, entre las pudibundeces de muchos académicos, fue la única que votó con un **no** rotundo, contra la voluntad de subsumir la che y la elle, por conveniencias *englobantes* de los medios de comunicación social, en la ce y la ele, quitándoles su capítulo propio en nuestros diccionarios. Se decía por las Américas que poco tiempo antes, fue el rey

don Juan Carlos quien expresó otro **no** rotundo a la desaparición de la ñe y, mediante decreto, la mantuvo para el español, por los siglos de los siglos. Fuese o no verdad tal aseveración, merece haberlo sido, sin duda ninguna.

Su voto –el de Piedad- fue el de la rebelde ecuatoriana, tan amante de la limpia tradición en la lengua como reconocedora de su apertura; tan secretamente ligada a lo más firme del pasado, como enfrentada a las exigencias del presente y a las incertidumbres del porvenir.

Me detendré un instante en su obra más reciente, *Refranes y decires de la mama llacta*, que muestra su faceta de investigadora curiosa y atenta y la de mujer llena de humor y amor por su tierra. Acogió sin remilgos, antiguos y recientes decires, cargados de gracia y, a menudo, de escéptico sinsabor. No fue mujer de feligresías ni ama de casa de mercados, pero nada escapó a su interés por nuestra habla. Recogió los “Lleve, lleve, caserita, le doy rebajadito”, y ese precioso “Es unido”, que se refiere a la compra por unidades, en relación con la compra al por mayor: “¿Compra *unido* o al por mayor?”, como aquel antiguo y precioso “le doy yapado”, hoy casi inexistente, que hacía que comiéramos con más gusto el pan, la fruta, el montoncito de mellocos que se nos habían dado de adehala.

Recoge decires racistas, como “Hacer la del indio”, “Ser cholo enzapatado”, “Ser longo mapioso”, “Ser runa zambo”. “Allá, entre blancos” está lleno de suave ironía para aquellos que presumen de serlo, en una sociedad genuinamente mestiza. “La justicia no se hizo para los de poncho”, -adivino la indignada pena con que Piedad recogió esta evidencia de nuestra torpeza-. “Hombre tiple, mujer bajón, indio ñato y negro narigón, cuatro diablos son”. Decires que señalan la riqueza de razas que nos constituye, aunque, desgraciadamente, aún no hagamos conciencia de los beneficios de tal variedad.

También, dichos regionalistas como “Morlaco, ni de leva ni de saco”, “Cuencana, ni de lana”, “A la moda de Ambato, con leva y sin zapato”, “Serrano, come papa con gusano” y tantos otros, escritos y pronunciados sin rencor. Para los *ñaños monos* casi no hay expresión de este tenor, lo que demuestra que los serranos somos menos regionalistas de lo que presumen, para dividirnos, nuestros políticos.

Sobre estos se incluyen las consabidas pullas. No podían faltar en su registro términos que se les atribuyen, surgidos de la triste y concreta experiencia popular,

tanto como de dichos escuchados en el mismísimo Congreso Nacional, espacio fértil en insensateces y vergüenzas. Valgan como ejemplo los “chuchumecos”, “pipones”, “guacharnacos”, “perfumados”, “chimbadores”, “adulones” que, desgraciadamente, con razón se les endilgan. Así, “nadan a dos aguas”, “tiran la piedra y esconden la mano”, “bailan más que un trompo”, “se cambian de camiseta”, “hacen amarres y bullas entre gallos y media noche”. A los que tienen la “troncha”, Piedad les advierte que “todo cepillo muere sin cerdas”.

Hay grafitos dignos de muros indestructibles, como los siguientes: “Dios hizo primero al hombre, luego lo pasó a limpio”. Firman, “las chicas”. “Yo soy libre, tú eres libre, viva la librería”. “Deje volar su imaginación: fume dinamita”. Y para los afrancesados, esta advertencia: “Hablar francés es fácil, lo difícil es copiar las muecas”. O este anuncio, tristemente cercano al patriarca en su otoño: “Se vende país con vista al mar. Informes: palacio de gobierno”. Y esta lamentación como advertencia a todos los ególatras del universo: “¿Por qué justo a mí me tocó ser yo!”.

Así la evocamos hoy, sabiendo que es imposible expresar toda la dignidad de su vida de estudiosa, maestra, amiga entrañable. Con sabiduría que atendió a toda expresión, vivió el español como el instrumento privilegiado con el que se aprenden, a la vez, los ínfimos detalles del existir cotidiano y la exaltación de la poesía más alta. Su fidelidad a las exigencias académicas y su preocupación por la lengua como vehículo de cultura y de belleza, que conservó hasta el final, nos llevan esta tarde, como una mano buena, al universo poético de otro Académico, don Jorge Carrera Andrade, a cuya obra me referiré.

Permítaseme antes una breve digresión: durante el año escolar próximo pasado, 2000-2001, ejercí, en calidad de profesora invitada, diversas cátedras de literatura y lengua española en la antigua Universidad de Tennessee. Tiempo privilegiado de observación y reconocimiento, cuando en noviembre del 2000 se me pidió presentar una ponencia en el Congreso de Ecuatorianistas que había de tener lugar en la Universidad de Kentucky en abril, recordé que tenía ante mí otra exigente tarea: la preparación de un trabajo para mi incorporación como Miembro de Número a la Academia Ecuatoriana.

Evoqué entonces mi primer contacto con nuestra Academia, la antigua tarde del 21 de noviembre de 1963. Como alumna del Académico, padre Miguel Sánchez

Astudillo, acudí a la sesión solemne en la cual se recibió al nuevo Académico de Número, el poeta Jorge Carrera Andrade. Nada me permitió imaginar aquella tarde de descubrimiento, que un día como hoy me encontraría en una situación externamente idéntica. Por desgracia, ninguno de los dos está con nosotros, pero la fuerza creciente de su palabra es el regalo que les sobrevive.

Al evocar en Knoxville aquel inolvidable crepúsculo, decidí escribir una ponencia sobre el poeta académico, a la luz de la mirada que el país del norte me procuraba, para presentarla más tarde, ampliada y terminada en cuanto trabajos de esta índole pueden considerarse *terminados*, como parte de mi discurso de incorporación. Este es el trabajo que leo. Su última parte ha sido escrita aquí, bajo este sol inconsolable.

Llamo “académico de vanguardia” a don Jorge Carrera Andrade, porque su poesía y su actitud ante el idioma se adelantaron a su época, definiéndola y proyectándola. El idioma fue para él posibilidad de apertura y comprensión del mundo; su infinita movilidad anclada por un instante en el verso arduamente trabajado haría posible la búsqueda de la verdad, del bien y la belleza que constituye la urdimbre de la tarea poética. En mi trabajo intentaré mostrar su poesía como la del acceso a un nuevo conocimiento de las cosas, para devolverle el lugar de la *cordura* que, a mi ver, le corresponde en el contexto de la poesía de la vanguardia latinoamericana.

¿Es posible relacionar la cordura: visión serena, razonable, reflexiva de la realidad, anclada en la objetividad de los paradigmas positivistas de la ciencia del siglo XIX, con la poesía vanguardista de Carrera Andrade? ¿Arriesgamos, al hacerlo, una interpretación que priva a su palabra de sazón poética, o le atribuimos un valor cuya vigencia en su quehacer no podremos probar?

Los años en que el poeta escribió sus libros iniciales fueron los de la politización en el Ecuador de la revolución liberal de 1895; de esporádicos brotes de sensibilidad social y del sobresalto de la Primera Guerra Mundial; acontecimientos cuya trascendencia personal, nacional, universal, parecían no haber conmovido a la juventud ecuatoriana que en la época se sentía destinada a la poesía.

Entonces sobresalía por su presencia poética la llamada “generación decapitada”, cuyos representantes despreciaban su medio estrecho, de timorata

beatería, en favor de la evasión; quejumbrosos, asumían su existencia en un ambiente que calificaban de “municipal y espeso”. Negaban tiempo y espacio presentes, sociedad y naturaleza; la poesía, refugio de su nostalgia de irrealidades, los llevó a una temprana muerte.

Jorge Carrera Andrade supo distanciarse desde el comienzo de esta actitud mortal hecha de tardío modernismo, en contraste con la vanguardia plenamente vivida en otros países de Hispanoamérica. Creó desde su mundo de ventanas abiertas a lo existente, una poesía que extrajo su sustancia de la realidad: aprehendió y reveló las cosas y los acontecimientos, alejándose de la reiteración en el yo y su desamparo que caracterizó a nuestros modernistas. La cordura de su mirada exaltó la vida sobre la muerte, renunció al pesimismo fundamental, a favor de un sereno optimismo. Al subjetivismo extremo opuso la objetividad, belleza y sufrimiento del mundo. El hombre, ser social, renació en su obra, contra el individuo aislado en la jaula de cristal de su angustia.

Entonces, en el sopor provinciano de la existencia, dolor y opresión sociales eran mirados aún con la naturalidad con que permanecieron ocultos durante siglos; al ocurrir el 15 de noviembre de 1922 la rebelión del incipiente proletariado de Guayaquil, fueron asesinados a mansalva más de un millar de trabajadores que protestaban su hambre; esta matanza produjo un sacudimiento que despertó la conciencia nacional y la conciencia creativa. Surgió la “generación del treinta”, encabezada por narradores como Gallegos Lara o Gil Gilbert, quienes denunciaron la voluntad de hacer “el arte por el arte”. Negaron los experimentos formalistas de la vanguardia poética: la literatura debía tener la finalidad directa de servir a la lucha de clases. A menudo, no sin sectarismo, atisbaron el cambio social solo en la revolución socialista. Carrera Andrade fue denostado por ellos, pero el poeta, intuyendo ese más allá de la palabra y de la vida que lo mantuvo abierto a los requerimientos de la creación, supo acoger en su poesía la solicitud de justicia del desposeído de su patria, mientras mantenía el equilibrio entre la conciencia de su vocación poética y su destino político y social. Alejado de extremismos, eludió, consciente o inconscientemente, los graves problemas de recepción con que ya tropezaba la vanguardia en el Ecuador.

Fue un avanzado. A la manera del Gide de *Los alimentos terrestres*, hinche la poesía con una visión de la realidad que recupera para el ser humano sus inagotables ‘alimentos’. Inicia el poetizar a partir de su percepción deslumbrada del universo mínimo de insectos, animales, plantas; calles, tejados, casas y astros de nuestro país, en un espacio bucólico que su imaginación portentosa dilató luego hacia el mundo entero. Cuanto le rodea constituye motivo de su expresión poética vanguardista, dotada de un espíritu de renovación formal que logra “al trasluz de la metáfora”. Así lo confiesa él mismo:

*“Hay un matizado y cambiante universo inmediato, compuesto de pequeños seres que nuestra mano puede mover a voluntad y colocarlos en un orden más o menos armónico. En este breve universo animado, que me rodeó desde niño, pude señalar mis amistades preferidas y entregarme a una especie de juego cósmico e intrascendental, aunque significativo”.* (Obra poética, Quito, edit. Acuario, 2000. p. 107)

He aquí algunas brevísimas muestras de ese universo:

*Moscardón.*

Moscardón: uva con alas. / Con tu mosto de silencio / el corazón se emborracha.

*Grillos.*

Clavan su bandera azul los grillos / en el tope de la tarde / con martillitos de vidrio.

(Es notable la perfecta sinestesia: grillar, luz, transparencia, vuelo).

*Zoo.*

*Flamenco*

Garabato de tiza en el charco. / Movable flor de espuma / sobre un desnudo tallo.

(En **Microgramas**, (1926), op. cit., 112, 116).

En este que él llamó “juego intrascendente”, cuya magia atribuye al poder del “animismo andino”, su voz descubre el “ánima”, oculta en lo más humilde. Quizá el poeta no comprendía aún el genuino valor de su quehacer, que inicia para la poesía ecuatoriana la lenta recuperación del conocimiento concreto de la patria, de la valoración de su paisaje micro y macrocósmico, y el pensamiento lúcido sobre ella. Inventaría los bienes del mundo, contra los recuentos de evanescentes interioridades



de soledad y evasión, a menudo de notable calidad formal, en los que tantos poetas ecuatorianos de entonces se regodearon. La metáfora deja de ser figura retórica para convertirse en una forma de conocimiento.

“Su aporte a la vanguardia y al ulterior proceso de la poesía de lengua española, será el ejercicio de una permanente libertad en la invención metafórica, ajustada a un estilo de firme voluntad de comunicación y gran rigor formal”. (Querejeta, Alejandro, prologuista. **Carrera Andrade, Obra poética**, Quito, edit. Acuario, 2000. p. 11)

En los años en que Carrera despierta a la expresión poética, el postmodernismo cedía su lugar a la vanguardia, con nombres tan altos como los de Tablada, -es de notar la ineludible influencia de sus haikais en los microgramas de Carrera, aparecidos en 1926-, Girondo, Huidobro, de Grief, Molinari, Pellicer, Marechal, Gorostiza, Borges, Neruda o Vallejo, amén de tantos otros poetas, filón de sensibilidad y conciencia de nuestra Hispanoamérica.

Humberto E. Robles, en la introducción a su libro *La noción de vanguardia en el Ecuador*, afirma:

*“Interesa establecer que no es siempre lícito hablar en el Ecuador de Vanguardia, sino de noción de vanguardia. Aquella, con mayúscula, se referiría a la Vanguardia histórica, europea o europeizante; ésta se remite al fenómeno y, por contigüidad, al hispanoamericano. Este deslinde no ha sido lo suficientemente subrayado”.* (Op. cit., p. 12)

El sentido de la vanguardia como *avanzada respecto a su época* es el que cumple Carrera en la poesía ecuatoriana. Su poesía no es la de la experimentación con el lenguaje, ruptura de las relaciones entre realidad y palabra para destacar lo insólito y descubrir analogías desligadas de íntima lógica: la de un extremo inconformismo crítico y una mínima posibilidad de comunicación, principios de la vanguardia europea o de los grandes vanguardistas latinoamericanos. En medio del bucolismo de sus primeros libros, toma conciencia de la injusticia que sume a su pueblo en una existencia infrahumana. Tempranamente fundó revistas como **Crepúsculo** e *Idea*, que buscaban devolver “tierra, pan y alfabeto a todos los ecuatorianos”, pero no esgrime su poesía como cartel en favor del oprimido; su *Cuaderno de poemas indios* fechado hacia 1928 -el mismo año de *Gallo de la*

*Catedral y Boletín del clima*- registra así, en estrofas de versos libres, la inocencia, la vulnerabilidad indígenas:

*“Iban delante nuestros padres / buscando el vado de la tarde crecida / con sus pies cargados de memoria // Traíamos el pulso de la semilla libre, / tierra de pechos vegetales. // Con su carrera de sangre los soldados / despertaron las verdes quietudes del campo. // Avanzaban comidos de sombra, / y un estribillo de dientes afilados / mordía sus hebillas luminosas. // Nosotros caminábamos escoltados de espigas, / con un poncho de luz sobre los hombros / y en la frente el mandato de la tierra”.* (Ibid., p. 207)

Sus poemas sobre el doméstico paisaje quiteño, están llenos de añoranza:

*Campana de San Blas: / ¡La vida me dio todo, / pero yo ansiaba más! // Casa de patios hondos / donde el sol vierte sacos / de su maíz de oro. // Dormidos corredores / que sueñan viejos pasos / y los cuentan de noche. // Madre y padre sentados / en su reino de niños / el Domingo de Ramos. // Y todos los domingos/ en familia –oh hermanos- / viandas del paraíso. // En la mesa servida / los dones en mil formas / de la tierra bendita. // Campana de San Blas: / ¡La vida me dio todo, / Pero yo ansiaba más!*  
(Op. cit. P. 183)

Esta ansia le abre al mundo: *“Cordera, nube presa: / yo buscaba en tus ojos / la amplitud de la tierra”.*

Desde su rincón andino que empieza, como para César Vallejo, en el hogar cuya familiar sencillez -perdido paraíso- evoca con ternura, se volverá testigo y ‘anotador’ “de la vida universal”; será el poeta que, partiendo de su “lugar de origen”, descubra para la poesía ecuatoriana su vocación de universo.

En texto de marzo de 1931, citado por Robles, Carrera Andrade escribía:

*“Las escuelas suramericanas de vanguardia nacieron del imperativo de coetaneidad impuesto por la vida moderna [...] Había la necesidad de actualizar la poesía y esto solo podía lograrse por medio de la síntesis [...] imágenes inéditas que se encuentran en las costumbres de nuestro tiempo, en las modas y en los inventos científicos [...] la nueva poesía ha desechado las*

*formas literarias del pasado, se ha lanzado valientemente a la conquista de la libertad de expresión*". (Robles, op. cit., p. 61)

En *Boletines de mar y tierra* (1930) escribe su conocido poema "El hombre del Ecuador bajo la Torre Eiffel".

*Te vuelves vegetal a la orilla del tiempo. / Con tu copa de cielo redondo / abierta por los túneles del tráfico, / eres la ceiba máxima del Globo // Suben los ojos pintores / por tu escalera de tijera hasta el azul. // Alargas sobre una tropa de tejados / tu cuello de llama del Perú*".

Aúna en el poema los universos disímiles de su América vegetal y de la Europa de técnica y progreso. Según Óscar Rivera-Rodas, "*Carrera Andrade es uno de los primeros poetas que hace conciencia de su identidad regional. Había empezado participando en los juegos metafóricos vanguardistas, aunque mostraba ya la personalidad americana concreta*". (Rivera-Rodas Óscar, *Cinco momentos de la lírica hispanoamericana, historia literaria de un género*, La Paz, Instituto Boliviano de Cultura, 1978, p. 274). Destaca el crítico la fidelidad del poeta a su América, cuyo vigor "reafirma".

Errante en su vida diplomática, aporta a la vanguardia ecuatoriana su visión nunca excluyente, sino totalizadora, de la realidad.

*"El ejercicio del verso ha sido para Carrera Andrade un intento por descubrir ese 'país secreto', sin mapa, que es el ser humano total de nuestro tiempo, en su soledad, pero también en su integración solidaria con el otro, con los otros*". (Jiménez, José Olivio, *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea 1914, 1970*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 252).

Solemos atribuir a la poesía no hermética, de lenguaje asequible sobre cosas humildes, esteticismo, ligereza, cuando no, superficialidad. Pero el poeta ecuatoriano, moviéndose en la palabra como en el agua de una fuente limpia, exhibe un lenguaje de luz que contiene su concepción del mundo. Cada poema es llamada a la intuición y al intelecto, fundación de imágenes en que yacen las ideas.

Pensamiento reducido a su esencia, no poesía espontánea sino trabajada, de exigencia e intensidad existenciales.

Está cierto de que su oficio le pide, en palabras de Paz, “*descubrir el lado oculto de las cosas y revelar los misterios del lenguaje*”, desde su tiempo andino hacia el tiempo de todos; guerras, dolor existencial, muerte; su destino de poeta es el del contemplador del mundo que reflexiona sobre el destino humano individual y colectivo.

En “El objeto y su sombra”, considerado como la enunciación de su propia arte poética, escribe:

*Arquitectura fiel del mundo, / Realidad, más cabal que el sueño. / La abstracción muere en un segundo: / solo basta un fruncir del ceño. // Las cosas. O sea la vida. / Todo el universo es presencia. / La sombra al objeto adherida / ¿acaso transforma su esencia? // Limpiad el mundo –ésta es la clave / de fantasmas del pensamiento. / Que el ojo apareje su nave / para un nuevo descubrimiento*”. (Obra poética completa, p. 211).

Gracias a la capacidad imaginativa y no al ejercicio de la abstracción, se encontrará en el fluir de lo cotidiano la esencia de lo real. Todo lo mira con mirada nueva. Su mente, vaciada de “fantasmas”, se inclina fenomenológicamente sobre las evidencias; limpia de prevenciones, restablece la vida en analogías que revelan, en las cosas, su mirada creadora. Se adueña del mundo. En lo contemplado encuentra el ojo que contempla; en lo pensado, el pensamiento que indaga. Entre mundo y ser humano hay un vínculo, no de poder ni dominio, sino de reconocimiento, que le toca revelar a la poesía.

En *Biografía para uso de los pájaros*, sus motivos habituales, la lluvia, los sapos, el olor y el sonido de la vida han sido heridos por el tiempo. Sin embargo, alista como antes su metáfora para decir estas dolorosas constancias.

*Yo amaba la hidrografía de la lluvia, / las amarillas pulgas del manzano / y los sapos que hacían sonar dos o tres veces / su gordo cascabel de palo. //*

*El valle estaba allá con sus haciendas / donde prendía el alba su reguero de gallos / ... // Todo ha pasado ya en sucesivo oleaje / como*

*las vanas cifras de la espuma. / Los años van sin prisa enredando sus líquenes / y el recuerdo es apenas un nenúfar / que asoma entre dos aguas su rostro de ahogado. / La guitarra es tan solo ataúd de canciones / y se lamenta herido en la cabeza el gallo. (op.- cit. p. 283).*

**Hombre planetario**, publicado en 1959, consume su cordura poética; reconociéndose “amigo de las nubes”, siente traicionada su antigua identificación con la naturaleza: él mismo y el planeta han cambiado. La antigua naturaleza es mundo; la niebla de pragmatismo y soledad reemplazó las ciudades domésticas. Desde su íntimo trópico se rebela contra su identificación con estos mundos inhumanos, en donde, aunque el sol siga llegando para todos, no a todos alcanza. Consumado su extrañamiento, ajeno a su primera poesía, el poeta se acompaña de la soledad de los demás. No hay pensamiento ni acto que salve al hombre de sí mismo; no hay utopías. Solo perdura, para unirnos, la poesía.

*“Hombre de cualquier tierra o meridiano / yo te ofrezco la mano: / Te doy en ella el sol americano. / ... Mano de constructor de un Continente, / mano de techo y puente / y alfabeto de amor para la gente”.*

## **Conclusión**

Que se me permita, para iniciar el somero examen de la hipótesis que guió este trabajo e intentar justificarla, hacer corta referencia, en este acto académico que es acto de palabra, a algo por todos conocido, sufrido por cada uno de nosotros: la tremenda delezabilidad de nuestra vida social; el hedor insoportable, sin paliativos, de nuestra existencia como nación, como pueblo. La injusticia flagrante que toleramos y, al tolerarla, ejercemos todos sobre todos. Injusticia tan alejada de esa unidad poética en que Carrera Andrade aprecia su mundo andino, del animismo que lo alienta, del silencioso gozo de la naturaleza como objeto de contemplación poética. Injusticia que nos rompe por dentro y de la cual queremos escapar, por gracia del olvido o de la indiferencia.

Sin duda, ustedes se preguntan si el salto que he dado entre la poesía y la evocación de esta amarga realidad política y social que vivimos es legítimo; si no acabo de introducir una cuña insoportable entre nuestra grata concentración interior y la realidad hiriente, espina que se clava en la legítima alegría de la amistad. ¿Para qué haber salido de este acto de palabras, si todo en él es grato y podemos terminarlo sin necesidad de ir más allá, protegiendo en nosotros este sabor legítimo del goce estético?

Pero tenemos que hacerlo, para preguntarnos sobre el poder de la palabra poética. Nada sería esta palabra si no pudiésemos, gracias a ella, establecer una relación viva entre lo que se dice y la íntima actitud que en nosotros provocan las palabras, respecto, no solamente de los ‘temas’ tratados en los poemas, sino de toda la realidad. ¿Cabe esperar que la emoción estética que genera la poesía se constituya en urgencia moral; que un ámbito de valores desemboque en otro y procure actitudes positivas de reconocimiento del dolor y la alegría de los demás, y de deseo de transformación de nuestra propia realidad íntima para procurar, así, modificaciones en el mundo en que vivimos?

Si la palabra es inseparable de la realidad que revela, si se alimenta de ella y la alimenta, en movimiento inagotable de ida y retorno; si la palabra poética nos sensibiliza, nos permitirá mirar el mundo con el altruismo necesario para comprender que nada se agota en nosotros y que, como manifestaba Hegel, “el ser humano vive forzado a aceptar que todo continúa”.

Vivir de este principio, sabiendo que nada termina en nuestro propio fin, es aceptar positivamente nuestro desvalimiento para conseguir, en contrapartida, el poder de la continuidad en la lucha para que la vida sea mejor para todos.

El gran científico del siglo XX, Albert Einstein, preguntaba y se respondía a sí mismo: “¿Por qué la ciencia aplicada, que asegura nuestro trabajo y vuelve nuestra vida más fácil, nos ha traído tan limitada felicidad? La respuesta es simple: porque todavía no hemos aprendido a hacer de esta ciencia, *un uso sensible*”.

Sensibilidad es la palabra. No lo son, inteligencia, abstracción ni comprensión, que indican el nexo intelectual entre nosotros y el mundo, nexo que, sin sensibilidad, exhibe el lado más penoso del hombre: su codicia, su incapacidad de entrega, su insaciable condición. La sensibilidad debidamente cultivada nos dirige

hacia el ser humano y hacia la naturaleza, en un movimiento de apertura solidaria, nos funde con ellos y nos muestra la necesidad de redimirnos en la tarea común de conocimiento y amor. En este mundo que fue entregado al hombre, hecho a su medida, según aquel principio sofisticado no desmentido de que “el hombre es la medida de todas las cosas”, el ser humano pretende trascender en su destructiva ambición de dinero y de triunfos banales; en este universo engañoso, solo la sensibilidad, es decir, la capacidad de comprensión que permite unanimidad respecto del sufrimiento de los otros, de com-pasión sensible, conseguirá transformar nuestras actitudes hacia la búsqueda de un mundo más humano para todos.

Porque el ser humano es el único animal que, en palabras del gran axiólogo alemán Max Scheler, sabe decir no, es capaz de dilatar y sacrificar la satisfacción de sus necesidades y pulsiones inmediatas a la búsqueda de bienes superiores. Sobre esta capacidad descansan la producción científico-técnica, el conocimiento, la reflexión, incluso la capacidad de re-ligación que constituye el mundo religioso y, fundamentalmente, el ámbito ético y el de la creación. El poeta, al decir **no** a la crasa objetividad, en su búsqueda del aspecto bello y emotivo de lo real para expresarlo en imágenes que, a su vez, se expresan en la palabra, consigue con su intuición artística iluminar el universo que abarca su decir, a otra luz

Quisiera culminar este trabajo con una cita del poeta norteamericano William Carlos Williams:

*“Es difícil /sacar noticias de un poema / pero los hombres todos los días mueren miserablemente / por no tener aquello que tienen los poemas”.*

Creo con Williams y Carrera Andrade que la posibilidad de salud de este mundo dividido radica en que la poesía ocupe el lugar que le corresponde en el pensamiento y el quehacer universales. El poeta, el escritor, hoy, han de enfrentarse a dos requerimientos ineludibles: el de proveer a cada ser humano de la máxima lucidez sobre su condición, la de su pueblo y la de los otros pueblos, sobre cada desamparada existencia en la tierra, y el de mostrar la posibilidad de que esa luz, hecha conciencia en cada uno, contribuya a arrancarnos de la desgracia.

El conocimiento poético, totalizador, dotará de una ética fundamental a las generaciones de seres humanos de este planeta en riesgo de extinción. La poesía muestra que cada cosa es apenas el umbral de sí misma, pero contiene la intimidad de todo. Procura una mirada que fomenta la insatisfacción, sin agotar la curiosidad con fáciles respuestas. Frente a la ‘moralina’ de cartel, que compra la salvación por unas monedas, la poesía da a la vida el sentido que opone el valor de la individualidad, el de cada persona y cada pueblo, a la absorción de la ‘globalización’.

*“Obreros desocupados ven el cielo como una cesta de manzanas. / Regimientos de frío / dispersan los grupos de vagabundos y mendigos. // El vendedor de pescado, los voceadores de periódicos / y el hombre que muele el cielo en su organillo / se dan la mano a la hora de la cena / en las cloacas y bajo la axila de los puentes. / Sus sombras crecen más allá de los tejados puntiagudos ... hasta ahogar en su pecho el relieve del mundo. (De El tiempo manual. Op. cit.).*

Los valores asocian a los seres humanos. Gracias a ellos persistimos en nuestra rabia, somos, con los otros. Pero pierden sentido en la satisfacción que vuelve innecesaria la justicia y ciega al hombre. La auténtica poesía atraviesa tiempos y continentes, nos enseña la nostalgia de perfección, el sufrimiento por la pobreza de los otros; la ira por la inconsciencia de quienes nos vuelven títeres de fastuosas empresas de dominio. La certeza de que la estupidez moral rige las relaciones entre hombres y países grandes y pequeños, y es la más terrible de las taras. Solo por la poesía volvemos vivencia lo que decía Camus: en un universo en el que un solo niño muere de hambre, es escándalo la vida de los hombres. La creación conquista el universo, y más allá de la ciencia, de la técnica, del anonadamiento del hombre, desvela el verdadero sentido de la vida, encubierto por la autocomplacencia.

Carrera Andrade cumple otro papel vaticinador: entrevió el sufrimiento que produciría al planeta la separación entre la naturaleza y la conciencia. Su canto es un firme eslabón en la gran cadena ecológica de la vida.

Mas el “entendimiento” de la poesía requiere de un afinamiento espiritual que la sociedad de masas satisfechas no garantiza, que presenta como no necesario para



una vida sin finalidades superiores; afinamiento excesivo en la sociedad del exceso, donde todo empeño humano es pagado con sucedáneos, formas de coartada en que el espíritu no se siente, ni se añora.

Reitero las palabras de J. Olivio Jiménez sobre la poesía de Carrera Andrade:

*“El ejercicio del verso ha sido para él algo más profundo, un intento por descubrir ese “país secreto”, sin mapa, que es el ser humano total de nuestro tiempo, en su soledad, pero también en su integración solidaria con el otro, con los otros”.*

No importa si esta cordura es utópica: el poder de su razón y su belleza reinstala la esperanza en el corazón.

La responsabilidad académica que hoy se me confirma sin reservas, es para mí exigencia de preservación consciente de la palabra, búsqueda de sus posibilidades, en el afán indispensable de cumplir el destino del español sobre la tierra de los hombres, que es el de la comunicación entre los habitantes de mundos en contraste. En el universo, la palabra de América española, la novela, el ensayo, el cuento, la poesía geniales y humanísimos que en ella se generan, están destinados a recordar al primer mundo que la sensibilidad que exigen la técnica y la ciencia para humanizarse pueden alcanzarse si educamos a nuestros niños, desde las canciones de cuna maternas, en la palabra poética que es, a la vez, toma de conciencia y acto de amor.

¿Cómo lograrlo, en un mundo que rinde culto a la inmediatez de imagen y sonido para impedir sistemáticamente toda posibilidad de reflexión, donde todo está en contra del mensaje de la palabra escrita? Si las Academias no son más, quizá no lo han sido nunca, ámbitos de pensamiento anquilosado e inmóvil, en donde se reiteran glorias pasadas rechazando la infinita movilidad de la palabra, de la lengua; si hoy vigilan, atentas y claras, la movilidad de la lengua, que es la de la vida, cabe que desde nosotros surjan políticas frente a las autoridades educativas, que sugieran tomar en cuenta la trascendencia de la palabra poética y su posibilidad de mediación. Tomar como misión personal –que en gran parte muchos de nosotros cumplen ya- la difusión de esta utopía poniendo en ello la fe de todo aquel que en este mundo

incierto dispone de una certeza grande, sencilla y alta en la que descansar el corazón. Permitir que esta fe en la palabra poética alimentada en cada nueva lectura, y difusiva, inunde nuestra propia vida, hasta el final.

### **Bibliografía**

Arias, Augusto, *Panorama de la Literatura Ecuatoriana*, Quito, 1961.

Barrera, Isaac, *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960.

*Carrera Andrade en la Academia*. (Dos discursos), Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1963.

Carrera Andrade, Jorge, *Edades poéticas*, (1922-1956) Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958.

Carrera Andrade, Jorge, *Mi vida en poemas, Ensayo autocrítico seguido de una selección poética*, Caracas, Ediciones Casa del Escritor, 1962.

Carrera Andrade, Jorge, *Obra poética*, Quito, editorial Acuario, 2000.

Carrera Andrade, Jorge, *Reflexiones sobre la poesía hispanoamericana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1987.

De la Cuadra, José, *Doce siluetas, escritores y artistas ecuatorianos*, Quito, Editorial América, 1934.

Jiménez, José Olivio, *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea: 1914-1970*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.

Ojeda, Enrique, *Jorge Carrera Andrade: Introducción al estudio de su vida y de su obra*, Nueva York, Eliseo Torres e hijos, 1971.

Paz, Octavio, *El arco y la Lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967.

Rivera-Rodas Óscar, *Cinco momentos de la lírica hispanoamericana, historia literaria de un género*, La Paz, Instituto Boliviano de Cultura, 1978.

Rivera-Rodas Óscar, *El pensar de la modernidad poética*, México, Secretaría de Cultura, 1997.

Robles, Humberto E., *La noción de vanguardia en el Ecuador*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Guayas, 1989.

Scheler, Max, *El puesto del hombre en el cosmos*, Buenos Aires, Losada, 1972.